

idad indefinida á nuestro agente en aquella corte, para que gastase cuanto fuese necesario con tal que lograrse salvar la vida del rey (1), lo cual, atendido el espíritu y exaltación de los ánimos y lo adelantado del proceso, no podía conseguirse ya sino intentando que se admitiese la apelación al pueblo. Acaso este expediente habría tenido algún éxito si Ocariz se hubiera dirigido al club de los jacobinos, de donde partía el impulso al sistema sanguinario, y donde se suponía que hubiera hombres venales, no inaccesibles al atractivo del oro. Dirigiéndose á los de la Convención, solo halló estafadores que abrieran la mano para recibir dinero, ofrecer su voto y desbaratar despues y aun denunciar el plan (2). Las instrucciones que el nuevo ministro de Estado de España comunicó al encargado de negocios para el objeto de la mediación constante de la carta que en 28 de diciembre (1792) transmitió á la Convención aquel agente diplomático.

No estaban los ánimos de los convencionales para ser heridos en la cuerda de los sentimientos humanitarios y generosos. Danton se indignó contra la que llamaba osadía del gobierno español. «Declaremos, decía otro miembro de la Convención, que los agentes franceses no pueden tratar sino con los que hayan reconocido formalmente la república.»— «De aquí en adelante, exclamaba otro, no trataremos con los reyes, sino con los pueblos.» Y la Asamblea pasó á la orden del día, aun antes de acabarse de leer la carta. Y sin embargo, todavía el ministro español no renunció á hacer los últimos esfuerzos por salvar la vida del desgraciado monarca.

Se aproximaba ya el momento crítico y terrible de fallar el proceso de Luis XVI. Procedese sucesivamente en la Convención á resolver por votación nominal las tres cuestiones que se habían fijado (de 15 á 17 de enero, 1793). La mayoría declara, que *Luis Capeto es reo de conspiración contra las libertades nacionales, y de atentados contra la seguridad general del Estado.*—Acuerda en segunda votación, que *la sentencia, sea cual fuere, no debe remitirse á la sanción del pueblo.* En la aciaga noche del 17 de enero, terminada ya la tercera votación sobre la pena que se había de imponer al procesado, y en tanto que se hacía el escrutinio de los votos, el ministro español Ocariz renueva á nombre del rey de España las proposiciones de intercesión y mediación, accediendo á cualesquiera condiciones honrosas que la Convención quiera exigir, con tal que se salve la vida del monarca francés. ¡Inútiles esfuerzos! La parte furibunda de la Asamblea se opone á la lectura de la carta: Danton propone que se declare la guerra á España en aquel acto, y una nueva *orden del día* es la respuesta á aquella postrera tentativa de la compasión. Se acaba el escrutinio, y el presidente Vergniaud declara con el acento del dolor en nombre de la Convención que *la pena pronunciada contra Luis Capeto es la de muerte* (3).

Sucedan las patéticas escenas de familia que siguieron á la sentencia y precedieron á la ejecución del desventurado monarca. El 21 de enero, en medio del silencio y del asombro universal de la población de París, marcha hacia el cadalso el carruaje que conducía al que había sido su rey, el ministro del Altísimo pronuncia aquellas memorables palabras: *Hijo de San Luis, subid al cielo: el verdugo cumple la sangrienta misión de su oficio, y Luis XVI deja de existir.* La sangre real que enrojece el patíbulo produce una alegría brutal en unos pocos furiosos, aterra y consterna la Francia, indigna y asom-

(1) M. Pradt en sus *Memorias* fija en tres millones la suma que nuestra corte autorizó á don José Ocariz á gastar con este objeto. A doce millones la hacen subir otros. El príncipe de la Paz en sus *Memorias* afirma haberle dado carta blanca, sin tasa ni limitación alguna.

(2) *Memorias* de Senart, secretario del Comité de seguridad pública. Citase entre aquellos desleales que abusaron de la buena fe de Ocariz al famoso ex-capuchino Chabot.

(3) El escrutinio de aquella votación famosa dió el resultado siguiente:—Constaba la Asamblea de 749 individuos: 15 faltaban por comisión; 8 por enfermedad; 5 no habían querido votar. Quedaba reducido el número á 721 votantes; mayoría absoluta, 361. Votaron por la detención ó destierro con varias condiciones, 286; por la prisión, 2; por la muerte con sobreseimiento, 46; por la muerte, pero solicitando se examinase si convenía sobreseer en la ejecución, 26; por la muerte sin condición alguna, 361; la mayoría precisa.

bra la Europa. Es el cartel de guerra con que la Convención ha provocado las naciones y los tronos: la revolución no puede ya retroceder: la lucha está empeñada; tiene que derrotar la liga ó perecer á sus manos. Enviase la propaganda á revolver otros pueblos; establécese dentro el reinado del terror: se crea primero el *Tribunal criminal extraordinario*, despues la *Junta de Salvación pública*: la exaltación y el encono de los partidos llegan á su colmo: dominan los terroristas, y perecen los hombres á centenares en los cadalsos.

Grande fué el dolor y la irritación que causó en España el suplicio de Luis XVI. ¿Era posible mantener todavía entre España y Francia el sistema de neutralidad? Todo el mundo miraba como inevitable la guerra, atendida la gravedad y la significación de aquel suceso, la situación especial y los sentimientos de Carlos IV, y la exasperación de los ánimos en el pueblo mismo, contra los autores de aquella horrible ejecución. El ministro Godoy, que había anticipado el pronóstico de que si sucedía la catástrofe habría una guerra general, despues que se realizó no se retraía de decir. «El tratado de paz con la república francesa ahora sería una infamia; manteniéndole habría complicidad de nuestra parte en el crimen que acaba de escandalizar á España y á todos los demás reinos.» No pensaba del mismo modo su antecesor el conde de Aranda. Este antiguo diplomático y anciano general seguía sosteniendo, aun despues del trágico fin de Luis XVI, la conveniencia de la neutralidad que había propuesto y negociado durante su ministerio; y en una extensa representación que dirigió al rey (23 de febrero, 1793) exponía prolijamente los fundamentos y razones de su sistema.

Eran las principales: la ninguna compensación que podía prometerse España de los inmensos gastos de una guerra, aun en el caso de salir victoriosa, si no fuese la satisfacción de reponer á la familia Borbon en el trono de que había sido arrojada, mientras que otras naciones tenían ventajas materiales á qué aspirar en recompensa y como resultado del triunfo; el peligro de que nuestro ejército se contagiara de las ideas revolucionarias; la poca ó ninguna confianza que debía inspirar la alianza con Inglaterra, y al contrario, la conveniencia de dejar que las dos naciones, británica y francesa, se enflaquecieran mutuamente luchando entre sí. En cambio le pintaba con vivos y halagüeños colores las grandes ventajas que la neutralidad armada le habría de reportar para la tranquilidad interior y para la conservación y seguridad de los dominios de América (4).

Fuesen ó no justas ó atendibles las razones del conde de

(4) Hé aquí una muestra de las cuentas que Aranda se hacía: «Si pudiésemos mantener una neutralidad armada, las resultas serían infaliblemente las siguientes: Los franceses habrían de ser ó felices ó desgraciados en la contienda. Si eran felices, no se habrían agriado con nosotros, y siéndoles necesario el descanso despues de tanta agitación, ó cuando menos vivir en lo sucesivo en buena inteligencia con algunos Estados, fuera muy natural que teniendo interés tan verdadero de vivir bien con nosotros, lo hiciesen... Si los franceses eran desgraciados entonces, sí que la inacción armada sería ventajosa, porque desplegaríamos nuestras fuerzas, y cargando sobre los franceses, ya flacos y turbados con sus reveses por otras partes, daríamos un golpe decisivo y seríamos vencedores sin mucho riesgo. Entonces podría V. M., como tan interesado en restablecer los derechos de su familia, presentarse á reclamar la reposición de ella en el trono de Francia.

»La neutralidad armada no solo es conveniente con respecto á la contienda de Europa, sino que nos conviene también para nuestros Estados de América. No hay que hacernos ilusiones en cuanto á esto. No se piensa que nuestra América está tan inocente como en los siglos pasados, ni tan despoblada, ni se crea que faltan gentes instruidas que ven que aquellos habitantes están olvidados en su propio suelo, que son tratados con rigor, y que les chupan la sustancia los nacidos en la matriz, ni ignoran tampoco que en varias partes de aquel continente ha habido fuertes conmociones, y costado gentes y caudales al sosegarlas; para lo cual ha sido necesario que fuesen fuerzas de Europa. No se les oculta nada de lo que por aquí pasa, tienen libros que los instruyan de las nuevas máximas de libertad, y no faltarán propagandistas que irán á persuadirlos si llega el caso. La parte del mar del Sur está ya contagiada; la del mar del Norte tiene, no solo el ejemplo, sino también el influjo de las colonias inglesas, que estando próximas pueden dar auxilios. Rodéanla también muchas islas de varias naciones, que en caso de levantamientos se mirarian como americanas... etc.»

Aranda y de los que pudieran opinar como él, la neutralidad que aconsejaba era insostenible en el estado á que habían llegado las cosas, porque se había hecho ya incompatible con las pretensiones mismas del gobierno francés, que al siguiente día del suplicio del rey había prevenido á sus agentes diplomáticos que declarasen la guerra á toda nación que no diese una respuesta categórica y satisfactoria. Prueba de ello es que en la conferencia que aun tuvo el duque de la Alcudia con el ciudadano Bourgoing, todavía el ministro español se avenía á entrar en nuevo ajuste con Francia con solas dos condiciones: la primera, que se tratase sobre la suerte de los augustos y desgraciados presos que aun gemían sin consuelo alguno en el Temple; la segunda, que el gobierno de la república revocara los decretos concernientes al sistema de propaganda y de subversión de los demás pueblos, reprimiendo también la anarquía de las facciones, dejándola por lo demás gobernarse interiormente como quisiera, con tal que ella no inquietara las demás naciones. A lo cual respondió Bourgoing, no sin manifestar gran pena, que no se atrevía á proponer condiciones tan razonables y justas, porque las instrucciones de su gobierno eran terminantes, que no permitía mas partido que la neutralidad y el desarme recíproco, pero reservándose la Francia el derecho de mantener guarniciones suficientes en sus puertos inmediatos á la frontera. «La guerra, añadió, es infalible si la España no desarma.—Pues bien, replicó Godoy, la España está justificada.» Y se terminó la conferencia, y Bourgoing pidió sus pasaportes para Francia.

Así fué que la primera declaración de guerra partió de la Convención (7 de marzo, 1793). Fundábase ó en frívolos pretextos ó en supuestos ó exagerados agravios, contando entre estos, «que el rey de España había mostrado adhesión á Luis XVI y dejado traslucir un designio formal de sostenerle,» como si de esto pudiera hacerse un cargo, y menos un crimen (1). Del espíritu de aquel documento, redactado por el célebre Barrere, pueden dar idea los siguientes breves párrafos de su principio y de su conclusión: «Las intrigas de la corte de San James, decía el primero, han triunfado en Madrid, y el nuncio del papa ha afilado los puñales del fanatismo en los Estados del rey Católico.» «Se necesita obrar, decía el último, y que los Borbones desaparezcan de un trono que usurparon con los brazos y tesoros de nuestros padres. Sea llevada la libertad al clima mas bello y al pueblo mas magnánimo de Europa.»

El manifiesto con que el gobierno español contestó á aquella declaración de guerra fué mas mesurado en el lenguaje, sin dejar de ser mas fuerte y mas justo en las razones y en las quejas. «Mis principales miras, decía el rey despues de un corto y sentido preámbulo, se reducian á descubrir si sería dable reducir á los franceses á un partido racional, que detuviese su desmesurada ambición, evitando una guerra general en Europa, y á procurar conseguir á lo menos la libertad del rey Cristianísimo Luis XVI y de su augusta familia, presos en una torre y expuestos diariamente á los mayores insultos y peligros. Para conseguir estos fines tan útiles á la quietud universal, tan conformes á las leyes de la humanidad, tan correspondientes á las obligaciones que imponen los vínculos de la sangre, y tan debidos al mantenimiento del lustre de la corona, cedí á las reiteradas instancias del ministerio francés, haciendo extender dos notas en que se estipulaba la neutra-

(1) Reducíanse los demás á lo siguiente; Que España había ultrajado la soberanía del pueblo francés, dando constantemente á Luis XVI el título de soberano.—Que los franceses residentes en España habían sufrido multiplicadas vejaciones.—Que los españoles habían favorecido la rebelión de los negros de Santo Domingo.—Que el gobierno español despues del 10 de agosto de 92 mandó retirar á su embajador de París, no queriendo reconocer el Consejo ejecutivo provisional.—Que España había hecho armamentos de mar y tierra, dando á entender con esto que entraba en la coalición de las potencias enemigas de la Francia.—Que enviaba tropas á la frontera, y amparaba á los emigrados.—Que recibida la noticia del suplicio de Luis XVI, el rey de España había inferido agravio á la república suspendiendo sus comunicaciones con el embajador.—Que el gobierno español se había aliado íntimamente con el gabinete inglés, al cual la república había declarado guerra, etc.—Monitor del 8 de marzo, 1793.

lidad y el retiro recíproco de tropas. Cuando parecía consiguiente á lo que se había tratado las admitiesen ambas, mudaron la del retiro de tropas, proponiendo dejar parte de las suyas en las cercanías de Bayona, con el especioso pretexto de temer alguna invasión de los ingleses, pero en realidad para sacar el partido que les conviniese, manteniéndose en un estado temible y dispendioso para nosotros.... Había mandado yo que al presentar en París las notas extendidas aquí, se hiciesen los mas eficaces oficios en favor del rey Luis XVI y de su desgraciada familia; y si no mandé fuese condición precisa de la neutralidad y desarme el mejorar la suerte de aquellos príncipes, fué temiendo empeorar así la causa en cuyo feliz éxito tomaba tan vivo y tan debido interés.... Su mala fe (la del ministerio francés) se manifestó desde luego, pues al paso que se desentendía de la recomendación é interposición de un soberano que está al frente de una nación grande y generosa, instaba para que se admitiesen las notas alteradas, acompañando cada instancia con amagos de que, si no se admitían, se retiraría de aquí la persona encargada de tratar sus negocios. Mientras continuaban estas instancias, mezcladas con amenazas, estaban cometiendo el cruel é inaudito asesinato de su soberano.... Finalmente, el día 7 del corriente nos declararon la guerra que ya nos estaban haciendo (aunque sin haberla publicado) por lo menos desde el 26 de febrero, pues esta es la fecha de la patente de corso contra nuestras naves de guerra y comercio.... En consecuencia de tal conducta, y de las hostilidades empezadas por parte de la Francia, aun antes de declararnos la guerra, he expedido todas las órdenes convenientes á fin de detener, rechazar ó acometer al enemigo por mar ó por tierra.... y he resuelto y mando que desde luego se publique en esta corte la guerra contra la Francia, etc. En Aranjuez á 23 de marzo de 1793 (2).»

Menester es decir, en honor de la verdad, que también el rey, antes de la declaración de guerra por parte de la Francia, había mandado salir de sus dominios en el término de tres días á todos los franceses no domiciliados en ellos, con prevenciones harto rigurosas y fuertes para la ejecución de esta medida (3). Por lo demás, es para nosotros indudable que esta guerra contra la Francia, fuese ó no conveniente (de lo cual juzgaremos despues), era entonces popularísima en España. Desde antes de la declaración, desde el mes de febrero, viéndola ya venir, y todo aquel año y el siguiente, las Gacetas salían llenas y atestadas de ofertas y donativos voluntarios para la guerra. Y no solo se puso en pié un ejército respetable compuesto todo de gente voluntaria, sin necesidad de hacer ningún sorteo, sino que dinero, armas, vestuario, municiones, caballos, provisiones, efectos y útiles de todas clases, cuanto podía necesitarse para sostener una larga campaña, todo salió de estas donaciones gratuitas que á competencia se apresuraban á ofrecer los españoles de todos los estados y categorías. Prelados y títulos, corporaciones eclesiásticas y civiles, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, viudas y doncellas, todos sin distinción, segun sus fortunas, su estado, sus condiciones y sus fuerzas, rivalizaron en desprendimiento y patriotismo, llevando al altar de la patria la ofrenda de su capital ó de su persona, del fruto de sus tierras ó de la habilidad de sus manos: «Todas las bolsas fueron abiertas, todos los brazos se ofrecieron, dice un escritor francés (por cierto nada amigo del ministro español). La nación española superó á cuanto en las demás épocas de la historia moderna se ha contado en materia de ofrendas hechas por el patriotismo de los pueblos á los gobiernos que han buscado su apoyo (4).»

Formáronse inmediatamente tres cuerpos de ejército, uno

(2) Este documento se publicó en la Gaceta de 29 de marzo.

(3) Real provision de 4 de marzo á los señores del Consejo.

(4) El abad de Pradt, arzobispo de Malinas, en sus *Memorias históricas sobre la revolución de España.*

«Los extranjeros, dice otro escritor español (tampoco amigo del duque de la Alcudia), se admiraron del patriotismo de los españoles en los donativos hechos al rey para los gastos de la guerra contra Francia. Ninguna otra nación mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo.»—Don Andrés Muriel, Historia MS. del reinado de Carlos IV.



en la frontera de Guipúzcoa y Navarra, al mando de don Ventura Caro; otro en la de Aragón, á las órdenes del príncipe de Castelfranco; y el tercero en las de Cataluña, que se confió al bizarro general don Antonio Ricardos. Los dos primeros habían de estar á la defensiva. El último era el que había de penetrar por el Rosellon; plan atrevido, por lo mismo que era la parte que tenían mas defendida los franceses, protegidos por la plaza de Bellegarde, por el castillo de los Baños, Collioure y Portvendres, y por la línea del Tech. Pero por la propia razón convenia prevenir una invasión francesa en España por aquella parte; era tambien mas fácil sorprender al enemigo, que no podía esperar verse acometido por aquel lado, y ofrecia además esta empresa la ventaja de dar la mano á la expedición naval que se proyectaba enviar al Mediterráneo para impulsar y aprovechar las disposiciones hostiles de las poblaciones marítimas francesas contra los excesos de la república.

Cualesquiera que fuesen las dificultades de este plan, admiró á todos la inteligencia y bizarría con que supo vencerlas todas el general Ricardos, realizando lo que se consideraba una peligrosa osadía, y hasta una temeridad. Con poco mas de tres mil hombres invadió el Rosellon, donde la república tenia repartidos diez y seis mil: en poco tiempo se apoderó de las primeras líneas de defensa de los Pirineos Orientales; tomó á Ceret, ocupó á San Lorenzo de Cerdá, abrió un camino en el Coll de Portell para el transporte de la artillería, arrojó á los enemigos de Arlés, y reforzado con algunos cuerpos, hasta el número de diez y ocho mil hombres, ganó en Mas d'Eu la primera batalla campal contra superiores fuerzas francesas mandadas por el general Deflers (18 de mayo, 1793), causando con este triunfal turbacion en Perpiñan, que las baterías de la ciudad hicieron fuego contra las mismas tropas que se retiraban á la plaza creyendo ser españolas, y las autoridades se refugiaron con los archivos á Narbona. Dueño con esto Ricardos de la mayor parte de la corriente del Tech, puso sitio á Bellegarde, se apoderó del fuerte de los Baños (3 de junio, 1793), del de la Guardie, y por último se le rindió por capitulación Bellegarde (24 de junio); con lo cual pudo ya Ricardos avanzar mas terreno sobre el Thuir, establecer dos campos, y no obstante los refuerzos que del interior llegaban cada día al enemigo, imponerle de modo que no se atrevió á darle la batalla con que los franceses querian celebrar el 14 de julio, y para la cual habian hecho grandes y ruidosos preparativos. Nuevos y parciales triunfos le hicieron dueño de los llanos del Rosellon hasta el Tet, no quedando á los franceses sino los campos inmediatos á Perpiñan.

Victoriosamente proseguia Ricardos esta campaña. Arrojó, aunque á costa de sangre, al enemigo de los puestos de Urles y Cabestany, haciendo prisionero al general Fregeville. Todavía mas costosa y sangrienta fué la ocupación de Peyrestortes (8 de setiembre, 1793), en que para decidir la victoria fué menester que un batallón de Navarra y algunas compañías de provinciales se arrojaran á la bayoneta sobre las baterías enemigas, despreciando la lluvia de metralla que vomitaban. Al día siguiente, reforzados los franceses con las tropas de Salces, recobraron á Peyrestortes, teniendo los nuestros que replegarse á sus dos campos, mas no sin costar la vida á los generales de la Convención Jonye y Vidal-Saint-Urbain. Aquel día el valiente general español Courten peleó y se sostuvo por espacio de diez y siete horas contra cuádruples fuerzas enemigas, consiguiendo sacar á salvo su división. Ordenes y amenazas de la Convención obligan al general francés Dagobert á dar una batalla que pueda volver la honra á las armas de la república, para lo cual le envía un refuerzo de diez batallones de tropas veteranas, y los convencionales Cassagne y Favre vienen á presenciar las operaciones y á animar los combates. Ricardos la acepta: Dagobert se propone envolver nuestro ejército, cortarle la retirada á la frontera, y terminar la campaña por medio de un gran golpe; y el 22 de setiembre (1793) se da la famosa batalla de Truillas, así llamada del sitio en que el ejército español tenia su centro. Los franceses pelean como desesperados; Dagobert da nuevas muestras de valor y de pericia militar; pero los soldados españoles luchan como fieras; entre los jefes se señalan el conde de la Union, el duque de Osuna, Courten, Crespo, el baron de Kesel y el brigadier Go-

doy, hermano del duque de la Alcudia; Ricardos sobre todos gana en esta jornada lauro imperecedero: los viejos regimientos franceses y los guardias nacionales de dos departamentos perecen en su mayor parte; rebosa de cadáveres enemigos el Thuir; mas de seis mil son sus muertos y heridos; nuestra pérdida una tercera parte (1).

Reforzados los franceses con quince mil hombres la noche siguiente á su desastre de Truillas, fué forzoso á Ricardos trasladar su campamento á Boulou, donde estuvo veinticuatro días sosteniendo ataques continuados, ya generales, ya parciales, sin descansar nuestras tropas de día ni de noche. «Es imposible, dice con razón un escritor español, alabar bastantemente la pericia, la sangre fría y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y seria escribir un tomo entero referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa.» Y despues de contar algunas de las mas notables, y de mencionar varias nuevas victorias, en una de las cuales murió peleando el convencional Favre, y que los republicanos para atenuar el deshonra de tantos desastres atribuyeron infundadamente á traición (2), concluye así la reseña de aquella gloriosa campaña: «Treinta mil hombres (franceses) distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecian inexpugnables, y otra parte en los llanos atacando nuestros flancos, defendian palmo á palmo el suelo de su patria. Todo empero fué superado, y todo fué vencido en días contados. La postrer batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que les quedaba atrincherado cerca de los lugares de Treseres y de Bañuls-les-Aspres.... El producto de estas acciones poderosas fueron por lo menos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veinte y tantas baterías que cayeron en nuestras manos, intactas las mas de ellas, multitud de carros y de bestias de tiro y de carga, el arsenal de Collioure, ochenta y ocho piezas que guarnecian sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de harinas y forrajes, un gran surtido de ropaje, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda suerte de pertrechos para el servicio de un ejército. Este golpe de mano que nos valió á San Telmo, á Portvendres, al Puig del Oriol y á Collioure, el mejor puerto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares. Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentadas y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra extranjera, cual ninguna otra potencia tuvo la suerte de lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado (3).»

No es el apasionamiento el que dictó estas frases al ministro español. Los historiadores franceses hablan en el mismo sentido de esta campaña, que frustró los esfuerzos y gastó el prestigio de cuatro de sus acreditados generales, Deflers, Dagobert, Turreau, Doppet. «El ejército, dice entre otras cosas el ilustrado y mas reciente autor de *La Revolución francesa*, estaba desorganizado, se batió flojamente en las inmediaciones de Ceret, se perdió el campamento de Saint-Ferreol, y Ricardos se vió de esta manera libre del peligro de su situación.

(1) Los sucesos de esta campaña, con los pormenores de cada una de las acciones, constan extensamente en las Gacetas de aquel tiempo. Los diarios y relaciones de la república no ocultaron nuestras ventajas; y Thiers, en su *Historia de la Revolución* (tomo I, y c. 1.ª 8.ª), aunque poco extenso en la relación de la campaña de los Pirineos Orientales, está en ella conforme con la que acabamos de hacer.—Cárlas IV, que se hallaba en el Escorial, mandó cantar el Te-Deum por el triunfo de Truillas, no solo en la iglesia del monasterio, sino en todas las de la corte, y en su real capilla. Mas adelante dió el título de condesa de Truillas á la viuda de Ricardos.

(2) «Escuchad ahora con valor (dijo un día el secretario Barrere dando cuenta á la Convención de los sucesos militares) los reverses y las pérdidas que la traición os ha hecho sufrir por el lado de Perpiñan que amenazan los españoles, hechos dueños del castillo de San Telmo, de Bañuls, Portvendres y Collioure. Los castillos se abandonaron, y nuestro ejército está deshecho y totalmente derrotado: mas la Junta de salud pública ha tomado ya á esta hora medidas vigorosas, etc.»—Para honor de Francia y de España se probó hasta la evidencia que no habia habido semejante traición, ni esta por lo tanto habia podido ser la causa de tales derrotas.

(3) Memorias del príncipe de la Paz, tomo I, cap. 16.

Presto supo él vengarse con mas habilidad del peligro en que se habia hallado, pues cayendo el 7 de noviembre (17 de brumario) sobre una columna francesa compuesta de diez mil hombres, que estaba acorralada en Villalonga á la orilla derecha del Tech, entre el rio, el mar y los Pirineos, la deshizo y la puso en tal desórden, que no pudo reunirse hasta llegar á Arjelez. Ricardos hizo atacar poco despues á la division de Delatre en Collioure, se apoderó de esta plaza, de Portvendres y de San Telmo, y nos lanzó enteramente al otro lado del Tech, terminándose la campaña en los últimos dias de diciembre. Los españoles se acuartelaron en las orillas del Tech; los franceses se acamparon alrededor de Perpiñan y en las riberas del Tech; y aunque nosotros habíamos perdido algun terreno, no era tanto como debia temerse despues de tales desastres. Por lo demás, era la única frontera en que no se habia concluido la campaña gloriosamente para las armas de la república (1).

Aunque por el lado de los Pirineos Occidentales la guerra habia sido menos activa, porque en general se redujo á mantener la defensiva por ambas partes, ni faltaron porfiados ataques y frecuentes acometidas y reencuentros, ni careció de gloria para las armas de nuestra patria. Mandaba en jefe aquel ejército el bizarro general don Ventura Caro, que hizo el gran servicio, no solo de mantener la integridad del territorio español, rechazando siempre con fortuna cuantas agresiones intentaron los franceses, sino de ocupar puestos en suelo francés mas allá del Bidasoa de que no pudo ser arrojado. Hubo algunas acciones brillantes, tal como el ataque y toma de Castillo-Piñon por el lado de Navarra, posición que se miraba casi como inexpugnable, y cuya conquista por lo mismo arrancó á un escritor militar francés grandes elogios al arrojo de los españoles, y á la intrepidez del general Caro, que atormentado de la gota se hizo conducir en unas parihuelas hasta el pié de las trincheras enemigas; «la jornada de 9 de junio, añade aquel escritor, pasará á la posteridad como uno de los monumentos auténticos que atestiguan el valor de las tropas españolas (2).»

Menos afortunada fué la expedición marítima que al mando del teniente general don Juan de Lángara habia sido enviada primeramente á las costas del Rosellon con objeto de auxiliar las operaciones del ejército de Ricardos, y despues fué destinada á Tolon. Esta ciudad, lo mismo que Lyon y Marsella, se habia declarado en abierta hostilidad al gobierno de la Convención, en odio á los excesos de los montañeses y jacobinos, y al reinado de terror y sangre que tiranizaba la Francia. Los toloneses, antes que someterse á los comisarios convencionales que los acosaban con un cuerpo de tropas precedidos de la horrorosa guillotina, prefirieron entregar su puerto y ciudad á las potencias aliadas, concertándose con el almirante inglés Hood que bloqueaba el puerto, y pactando restablecer en la ciudad la monarquía proclamando á Luis XVII. Como auxiliar de la escuadra británica, y por reclamación de su almirante, le fué enviada la flota española de Lángara, en union con la que habia llevado de Cartagena don Federico Gravina, componiéndose así la escuadra española de diez y seis navíos de línea, cinco fragatas y algunos bergantines. Ricardos envió tambien cuatro batallones del ejército del Rosellon, los navíos franceses fueron desarmados, y el gobierno de Tolon quedó en poder de los jefes aliados. Fuerzas napolitanas y sardas habian acudido tambien, componiendo en todas una guarnición de diez y seis mil hombres.

Nada sin embargo aterró á los fogosos republicanos. En guerra por el Norte con las grandes potencias de Europa; viva y ardiente la terrible y sangrienta lucha de la Vendée; ocupada por un ejército español parte de su territorio del

(1) Thiers, *Revolucion francesa*, t. III, cap. 8.

(2) M. de Marcillac, *Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne en 1793, 1794*, etc.

«Cuéntase que la esposa del general, no queriendo perderle de vista en los combates, se situaba en una batería con el anteojo en la mano observando todos sus movimientos, expuesta á verle perecer á cada instante, sin que el fuego de los cañones, ni el estampido de las bombas que solian reventar cerca de ella, la perturbaran ni distrajeran, ni hicieran temblar siquiera el anteojo en sus manos.—Muriel, lib. II.

lado del Pirineo; insurreccionado el Mediodía de la Francia, y rebeladas poblaciones y países de la importancia de Lyon, Marsella, Tolon y Burdeos, á todo supo acudir el gobierno de la Convención: con aquel alistamiento en masa, y aquellas gigantescas medidas, y aquellos esfuerzos heroicos que fueron entonces y serán perpetuamente objeto de admiración, presentando en campaña un millon de hombres á la vez, derrota á los ingleses en Hondtschoote, vence en Watignies á los alemanes, arroja á austriacos y prusianos de las líneas de Wissemburg, lanza á los piemonteses mas allá de los Alpes, destruye dos veces á los vendeanos, sitia y toma á Lyon, aterrando al mundo con aquellos terribles decretos de fuego y sangre (3), y un ejército republicano es destinado á atacar y someter á Tolon.

Difícilmente habrian podido las tropas de la república recobrar por entonces aquella plaza, si dos circunstancias que no eran de calcular no les hubieran favorecido. Una fué la desacertada política del almirante inglés, que entre otros errores cometió el de negarse á que el conde de Provenza viniera á Tolon en calidad de regente, como los toloneses y los españoles lo reclamaban y pedian, y el de arrogarse una superioridad odiosa y hasta sospechosa á sus aliados. Otra fué la del plan de ataque de un joven oficial de la artillería francesa, que con aquella idea feliz, adoptada y llevada á ejecución, comenzó á acreditar el gran talento que habia de darle fama inmortal en el mundo: este joven oficial era Napoleon Bonaparte, natural de Córcega, isla recientemente agregada al territorio de la Francia. No nos incumben los pormenores del sitio, ataques y reconquista de Tolon por las armas de la república, pero cumple á la honra de España que conste el diferente comportamiento de ingleses y españoles en la desastrosa evacuación de aquella plaza. Para que no pueda tachársenos de parciales dejemos hablar á un historiador francés.

«Antes de retirarse (los ingleses), resolvieron quemar el arsenal, los astilleros y los navíos que no podian llevarse, y el 18 y el 19 (diciembre 1793), sin decir una palabra al almirante español, sin advertir siquiera á la población comprometida que la iban á entregar á los vencedores montañeses, dieron orden para evacuarla.... Hicieron con tal celeridad la evacuación, que dos mil españoles avisados muy tarde, y que se hallaron fuera de los muros, solo se salvaron por milagro. Al fin se dió orden de incendiar el arsenal, y de repente se vieron veinte navíos ó fragatas ardiendo en medio de la rada, llenando de desesperación á los infelices habitantes, y de indignación á los republicanos, que veian abrasarse la escuadra sin poder salvarla. Mas de veinte mil personas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, cargados con lo mas precioso que tenian, se presentaron inmediatamente en el muelle tendiendo los brazos hácia las escuadras, é implorando favor para librarse del ejército victorioso.... Ni una sola chalupa se presentaba en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habian depositado su confianza en extranjeros, entregándoles el primer puerto de su patria. Sin embargo, el almirante Lángara, mas humano, mandó echar al mar las lanchas y recibir en la escuadra española á todos los refugiados que cupiesen en ella. Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplar ni á ser insensible á las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó despues, aunque muy tarde, recibir á los toloneses. Precipitáronse furiosos en las lanchas aquellos infelices, y en medio de la confusion cayeron algunos al mar, y otros quedaron separados de sus familias. Allí habia madres que buscaban á sus hijos, esposos ó padres, andando por el muelle al resplandor del incendio.... etc. (4).»

Cúmplenos tambien añadir, que queriendo los castellanos

(3) Tomada Lyon, se dió un decreto, entre cuyos artículos se leian los siguientes:—«La ciudad de Lyon será destruida.—Dejará de llamarse Lyon, y se llamará *Ciudad independiente*.—Sobre las ruinas de Lyon se erigirá un monumento en el cual se grabarán estas palabras: *Lyon hizo la guerra á la libertad; Lyon ya no existe*.» Las ejecuciones fueron horribles; los comisarios convencionales hicieron disparar cañonazos á metralla sobre todos los que tenian por enemigos del gobierno ó sospechosos: hombres, mujeres, niños, á nadie perdonaban aquellos hombres sanguinarios.

(4) Thiers, *Revolucion francesa*, tom. III, cap. 8.